

AGENDA CIUDADANA

PARA CAMBIAR ES NECESARIO ROMPER

Lorenzo Meyer

El Discurso que no Llega.-Hay un discurso presidencial que debería pronunciarse y que, desafortunadamente, no pareciera que haya la voluntad de formularlo: el discurso de la ruptura.

"Para conocer en necesario herir" dijo don Daniel Cosío Villegas en su primera clase de "sociología mexicana", allá por 1923. Pues bien, parafraseándolo, se puede decir que hoy, para cambiar, es necesario romper, romper abiertamente con el pasado inmediato y con todo aquello que engendró la lamentable situación política, económica, social y moral que estamos viviendo. Para ganar nuestro futuro político, los mexicanos debemos exigir que desde la cima de la pirámide del poder se declaren formalmente clausurados al espíritu, las prácticas y los resultados del pasado antidemocrático: el monopolio del poder, el patrimonialismo, el fraude, la represión, la centralización, el despilfarro, la corrupción, la injusticia, la impunidad, el favoritismo, la marginación.

No debe de ser fácil para aquellos que tanto se beneficiaron personal y colectivamente de las viejas prácticas, romper formal y efectivamente con su origen y esencia. Sin embargo, para no arriesgar el futuro -el de ellos y del resto de los mexicanos- deben aceptar que el único futuro colectivo viable pasa por cortar lo más rápida y tajantemente con el pasado.

Las reglas del futuro tendrán que pasar la prueba de una ciudadanía muy escéptica. Para convencerla de que lo que fue ya

no será, se requiere empezar con un gesto no hecho hasta ahora: la formulación de un compromiso histórico de los gobernantes con la sociedad mexicana para refundar a la República. Para tener credibilidad y eficacia, este compromiso y los nuevos principios deberán contar con el respaldo de los principales actores políticos, especialmente los de oposición, pues sin su aval no habrá el cambio deseado.

El Poder se Resiste a Condenar su Pasado.- Una ruptura clara y simbólica con el pasado político es algo que requiere ya la salud del país, desgraciadamente no hay indicios de que se vaya a dar, al contrario. El tránsito mexicano a un nuevo estadio político se está llevando a cabo de manera caótica, contradictoria, a base de empujones y francos retrocesos. En realidad, hoy lo único claro es que frente a la presión creciente de una sociedad crispada por los efectos de una crisis global e interminable, la vieja clase gobernante trata de recuperar terreno, de ganar tiempo y posponer el momento en que deba entregar cuentas y prescindir de privilegios. Ahora bien, el costo social de prolongar la agonía de un arreglo político ya inviable, es injusto en extremo.

Los Emisarios del Pasado.- Sin la aceptación clara por parte del presidente y del partido de Estado, de que las prácticas políticas del pasado son ya inaceptables e ilegítimas, la transición mexicana a la democracia seguirá trunca y, lo peor de todo, carecerá de seguridad. En efecto y como lo demuestran de manera palmaria en este momento los casos de los gobernadores de Yucatán, Tabasco, Guerrero y, ahora también de Puebla, mientras

las prácticas y el espíritu de la vieja política no sean condenadas sin ambigüedad, los emisarios de ese pasado seguirán empeñados en la peligrosa aventura de intentar la restauración del sistema autoritario, como lo ha mostrado Juan Molinar en relación a Manuel Bartlett.

A nadie puede escapar el hecho contundente de que la sociedad mexicana ya ha pagado un altísimo costo económico, social y político, por no haberse podido desprender aún de sus prácticas autoritarias, tan obsoletas como injustas. Ese pago debería permitirnos pasar ya de la etapa de un presidencialismo sin contrapesos y de un partido de Estado, a otra, moderna, pluripartidista, con una real división de poderes que ponga límites a la irresponsabilidad, a la corrupción y devuelva a la sociedad la confianza en si misma. Pues bien, la situación no es esa, el cambio no se formaliza y lo viejo sobrevive.

El Pago.- Decir que, como sociedad, la mexicana ha pagado un alto costo por las ineficiencias de su sistema político, no es exagerar. Los ejemplos abundan, veamos sólo algunos de los más recientes. En un estudio del Grupo Banamex-Accival citado por el periódico La Jornada (10 de septiembre), aparece un cálculo del endeudamiento irresponsable: en 1995, México, un país pobre, en recesión y con un modelo económico dependiente de la entrada de capital externo, deberá transferir al exterior la impresionante suma de 57 mil millones de dólares por concepto de deuda pública y privada: 18% del PIB. Parte importante de ese pago corresponde a los famosos Tesobonos en manos extranjeras con que al final Carlos Salinas y su grupo pretendieron sostener la fantasía

irresponsable de que sus políticas efectivamente habían llevado a México a las puertas del primer mundo.

Otro indicador: la semana pasada se dio a conocer el Informe del Foro Económico Mundial y del Instituto de Administración Internacional de Suiza, donde, dentro de un universo de 48 países, México ocupa uno de los últimos lugares, el 44, en materia de competitividad. Y en relación a la estabilidad política y social exclusivamente, nuestro país ocupa el penúltimo lugar, únicamente Rusia esta peor. (*Reforma*, 6 de septiembre) Y más indicadores: un estudio de la Universidad de Goettingen que pretende medir el grado de corrupción en 41 países, coloca a México en el 25% superior (*Reforma*, 16 de agosto). Por su parte, nuestro Instituto Nacional de la Nutrición ha informado que entre la población marginada de la zona metropolitana de la Ciudad de México, la desnutrición entre menores de cinco años ha crecido ¡seis veces de 1989 a la fecha! (*Reforma*, 8 de septiembre). La Contaduría Mayor de Hacienda acaba de revisar las cuentas públicas de 1993 y encontró notables irregularidades en la forma como se gastaron los recursos de 18 dependencias del sector central y 55 del paraestatal ¿Para que seguir?, todas las cifras de desempleo, de consumo de productos perecederos, de carteras vencidas, de quiebras de empresas, etcétera, apuntan a lo mismo: la inoperancia del sistema vigente por el peso de su corrupción.

Nuevos Conversos.- Prácticamente hasta ayer, las élites política, económica e incluso la cultural de México, apoyaron con entusiasmo -convicción mezclada con mucho interés personal- la idea de usar la fuerza del autoritarismo presidencialista -la

fuerza de la antidemocracia- para introducir grandes reformas económicas -la apertura del mercado, la privatización-, cuyos costos sociales recaerían en los marginados, en los asalariados, los micro, pequeños y medianos empresarios etcétera, pero en cambio beneficiarían sin dilación los grandes capitales financieros, industriales y comerciales, en particular a aquellos con buenas conexiones políticas. La clase media se dejó seducir por un discurso que prometía consumo ahora y democracia más adelante. El "Programa Nacional de Solidaridad" se encargó de tratar de hacer creer a los pobres -sobre todo a los políticamente relevantes- que, a su nivel, ellos también serían parte del banquete de la modernidad gracias a la magnificencia de un presidente dinámico, generoso y con recursos.

Los beneficiados por el reformismo autoritario aceptaron que era de gran sabiduría posponer la apertura política y la democratización, para cuando la nueva riqueza creada por la magia del mercado calmara las tensiones. Hoy, la enorme mayoría de los convidados a ese banquete del neoliberalismo para celebrar el ingreso de México al Primer Mundo, se han dado cuenta que fueron engañados, que la mesa se levantó cuando ellos apenas se habían sentado o incluso antes de que llegaran.

La inflación y la falta de empleo ha despertado a la mayoría de los antiguos partidarios de "Solidaridad" al verdadero significado de la modernización autoritaria. Las quiebras y las carteras vencidas, la imposibilidad de ingresar al sistema público de educación superior, tuvieron el mismo impacto entre las clases medias. La brutal caída de la economía obligó incluso

a los líderes empresariales a reconocer que sus quebrantos financieros tenían su raíz en el manejo autoritario e irresponsable de la política económica. Ni siquiera la cúpula empresarial en conjunto escapó del choque de las expectativas con la realidad: de aquellos 24 mexicanos que alguna vez la revista *Forbes* colocó entre los mil millonarios del mundo, hoy únicamente quedan diez. Así pues, todos hemos recibido la lección: la economía antidemocrática es muy espectacular pero muy insegura.

Al Cambio por la Ruptura.- Hoy por hoy no hay alternativa legítima a la democracia política. Pero para que México pueda transitar sin zozobras por ese camino, deberá primero romper explícitamente con todo lo que no es democrático de su pasado. El caso de España puede servir para ilustrar el punto.

EL franquismo empezó a cambiar en la segunda mitad del siglo XX, pero eso no le quitó su esencia antidemocrática. Para que España lo superara, no bastó con que el dictador muriera, fue necesario algo más: que la vieja clase política tragara la amarga píldora de renunciar explícitamente a la herencia que le había dejado Franco y aceptara el derecho de la oposición a llegar al poder.

El cambio explícito e irreversible del autoritarismo español se inició cuando el rey Juan Carlos reemplazó como jefe de gobierno a Arias Navarro por otro personaje del franquismo pero comprometido con la transición: Adolfo Suárez. El nuevo primer ministro logró que en 1976 los franquistas recalcitrantes aceptaran la Ley de la Reforma Política, y también logró convencer a la oposición de que el cambio iba en serio, sobre

todo después de que se permitió la elección de las Cortes por sufragio universal y sin fraudes.

Con la fuerza que le dieron las elecciones, Suárez negoció por consenso con todos los actores políticos una nueva constitución: la de 1978. El pasado, pues, había sido superado a base de compromisos explícitos. Un gobierno español ya lleno de legitimidad y a tono con la modernidad europea, resistió muy bien el intento de golpe militar en febrero de 1981. El pasado quedó enterrado definitivamente cuando el otrora proscrito Partido Socialista Obrero Español (PSOE) llegó al poder por la vía pacífica en octubre de 1982.

Hoy, el PSOE se encuentra ya desgastado y seguramente pronto cederá el poder a la oposición, pero el sistema político mismo en que se da este juego político sigue lleno de legitimidad y España se desarrolla sin sobresaltos.

En contraste, en México el viejo sistema político se resiste a morir y la sociedad -su parte más activa-, a rastras, intenta llevarlo hacia su tumba, pero la resistencia que oponen los intereses creados aún es mucha y la polvareda que ese forcejeo levanta impide ver con claridad el futuro.

En resumen, las circunstancias exigen concluir de una vez por todas con una transición que se prolonga innecesariamente. Sin embargo, la presidencia no parece capaz de asumir el papel histórico que se le ofrece y sólo parece interesada en su supervivencia sin importarle que todos, incluida ella, perdamos el futuro.